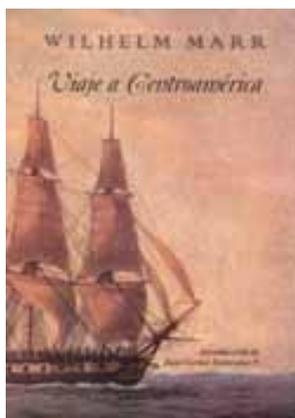


Comentario del Libro Viaje A Centroamérica

M.L. Peggy von Mayer



Debemos al empeño del Dr. Juan Carlos Solórzano el que la Editorial de la Universidad de Costa Rica haya efectuado la edición íntegra de *Viaje a Centroamérica*, del connotado escritor alemán decimonónico Wilhem Marr, con un estudio preliminar con la magnífica traducción filológica efectuada por Irene Reinhold, y numerosas ilustraciones de la época.

Se constituye así esta obra en un merecido homenaje a un pensador sagaz, una brillante conciencia crítica, un relator amenísimo, que para la comunidad hispanohablante ha permanecido en el anonimato por más de cien años. Continúa, además, la antiquísima tradición de la narrativa de viajes, que se remonta en Occidente a raíces de vieja prosapia, desde Pausanias y Herodoto, a los textos bíblicos, por mencionar solo algunos. Desde entonces, la literatura de viajes quedó asociada a la aventura de la expansión occidental, siguiendo lo que Ottmar Ette llama “los caminos del deseo”.

Por sus estrategias textuales de objetivación, cuya forma de producción es la escritura directa, *Viaje a Centroamérica* es un relato testimonial, cuyos recursos de legitimación, subordinación e inclusión del subalterno constituyen un esfuerzo programático que prescribe un pacto de lectura dentro del contexto cultural en el que se origina, inscribiéndolo dentro de los discursos de “la ciudad letrada”. Al ser literatura testimonial, remite a la legitimación personal y vital del autor, ubicándose en lo que Wolfgang Iser ha llamado “una matriz persuasiva para generar veracidad y sostener sentidos” (Wolfgang Iser: 1990: 945). De este modo, el enfoque antropológico y etnológico de la estrategia textual subordina y relega al Otro a la condición de excluido. Mediante sus inserciones ideológicas y sus experiencias vitales, el narrador da cuenta de su legitimidad como sujeto activo de la acción, confiriendo valor al testimonio desde una relación de saber y poder, convirtiendo al Otro en un objeto de conocimiento compatible con lo que Michel Foucault llama un régimen de verdad (Foucault 1984a: 73). De modo que *Viaje a Centroamérica* no solo es un relato de viaje mediante el cual el autor se refleja a sí

mismo, sino también el espacio desde el cual objetiva y valora al Otro, integrándolo en la totalidad dialógica, histórica y escritural. El proceso de objetivación de *Viaje a Centroamérica* está sustentado en un discurso ampliamente descriptivo que interpreta la complejidad del universo cultural al cual Marr se ha desplazado.

El poder descriptivo de la narrativa de Wilhelm Marr es indiscutible. Poseedor de un estilo preciso, impecable, a ratos mordaz e irónico, a ratos humorístico hasta la hilaridad, hilvanado con una prosa poética de belleza impresionante y de una fina percepción de los tipos humanos y del paisaje, Wilhelm Marr nos atrapa en la lectura de este texto que no queremos dejar de leer. Así nos vamos adentrando en la naturaleza física, espiritual e intelectual de su recorrido, desde la salida de Hamburgo, su permanencia en Nueva York, la estadía en tierras nicaragüenses y costarricenses, hasta la travesía de regreso al lugar de donde partió.

Todas las peripecias están tan cuidadosamente registradas, que el texto se convierte en un instrumento utilísimo para conocer el territorio, el clima, la gente, los acontecimientos, las costumbres, la organización política, las festividades y ceremonias, las instituciones civiles y religiosas. Y es que en el autor la experiencia del viaje está asociada a una intencionalidad de precisión y honestidad, que contrasta con los relatos, a veces fantasiosos, de otros viajeros alemanes por estas tierras; él, en cambio, describe pormenorizadamente todas las dificultades, problemas y vicisitudes que debe afrontar, talvez con el propósito de evitar sorpresas a otros hipotéticos viajeros que quisieran emularlo.

Es notable cómo capta con unos cuantos rasgos los tipos psicológicos, el estrato social, la situación económica o los estados de ánimo de los personajes. De un berlinés que va en el barco de partida, dice:

La naturaleza le había proporcionado un hocico con que podía dar el grito inicial de toda música ratonera. Con todo, el hombre era alto, estaba en los huesos y tenía la cara como un carnero que pasaba por una carnicería y veía a sus semejantes destripados y colgados. Pretendía ser fabricante de tabacos, pero durante el viaje se desinfló hasta convertirse en un fugado enrollador de cigarros. (8)

La descripción de lugares y paisajes es absolutamente evocadora y poética, como esta descripción de camino al volcán Telica, en Nicaragua:

Contemplé el vasto, vasto desierto acuático, que se extiende sobre el globo terráqueo y cuyas olas, desde esta playa, reflejan su eco en la de Madagascar. Contemplé el infinito azul que solo era interrumpido por una multitud de islas, migajas de la creación que nuestro dios quizá se sacó de los dientes con un palillo y que se quedaron en su mantel azul. Soy un

pagano terrible, eso es cierto. Pero dudo si mi devoto amigo A. Godeffroy jamás ha percibido tal sensación de recogimiento, de edificación, como yo en aquel momento en que vi cómo se erguía la catedral del cielo sobre el océano Pacífico; dudo si mi amigo pagano, el Dr. Baumeister, alguna vez ha logrado, caminando tímidamente hacia la misa matutina, ver en las páginas de corte dorado de su libro de cantos, al dios que mi sentimiento de entusiasmo llamaba mío en ese momento: ¡el Universo! (269)

En contraste con el esplendor y la magnificencia del paisaje, aun en su impetuosa agresividad, la visión que tiene Marr del entorno social de la Nicaragua de 1852 es la de individuos de poco fiar, carentes de palabra, sin sentido colectivo y dotados de una apabullante mentalidad oportunista, tanto entre las comunidades de zambos y mosquitos, como entre criollos o mestizos; con gobernantes y eclesiásticos que se comportan al margen de todo principio o sujeción institucional:

Don Jorge (Viteri, obispo de León) era uno de los líderes del partido que bajo el nombre de *Demócratas* robaba y saqueaba durante los tiempos en que el otro partido, bajo el nombre de *Conservadores*, no saqueaba o no había saqueado lo suficientemente. (...) El prelado era un agitador tremendo. Una vez hasta había subido al púlpito, con el sable y las pistolas y había exhortado a la gente para la lucha contra la Granada conservadora. (p. 240)

Es un mundo difícil, donde nadie responde más que de sí mismo, caracterizado por la precariedad de la existencia, en medio de un clima insalubre e inhóspito que hace muy dura la vida.

Marr logra sobrevivir en Nicaragua desarrollando las estrategias que la situación le exija, a veces, mediante el engaño y la impostura, haciéndose pasar por médico y hasta contrabandeando, superando cada día los diversos conflictos entre las motivaciones personales, la viabilidad del proyecto y las oportunidades tal como se le van presentando.

Cuando llega a Costa Rica, se enamora del clima, de sus paisajes, y tiene una opinión más favorable de sus habitantes. Son notables sus registros acerca de los personajes públicos, por cuanto nos muestran esas facetas que no suelen aparecer en los libros de historia, como la de este personaje que está en una gallería:

Ahí se encontraba un señor de pequeña estatura y cara llena y astuta, vestido de frac negro y pantalones amarillos de casimir. Era el jefe de estado, don Juan Rafael Mora. El hombrecito no es un genio, pero cuentan que es un gran socarrón. Según dicen, tan solo se ocupa en los asuntos del Gobierno cuando está en juego su interés personal, y deja la política menuda en manos de su ministro Carazo, en tanto que un francés, monsieur Adolphe Marie, atiende la alta política, es decir, la correspondencia con las naciones extranjeras, la cual nunca se contesta. Si

la gallera fuese un lugar adecuado para hacer consideraciones políticas, yo emitiría la opinión de que don Juanito es un déspota patriarcal y su hermano don José Joaquín Mora, general en jefe del ejército, el poder ejecutivo de este patriarcal despotismo. El general Mora, que parece un cacique indio anémico vestido de frac, le disputará la palma de primer jugador de gallos a don Juan Bautista Bonilla en los anales de la República. (p. 370)

En Costa Rica se relaciona con unos compatriotas alemanes, entre los cuales, el barón von Bülow, lo emplea como ingeniero auxiliar en el peculiar proyecto de fundar una colonia alemana en La Angostura, y en la exploración de una ruta hacia Limón. Pero la travesía por las regiones atlánticas resulta difícilísima, y decide desistir para dirigirse a la China, aunque finalmente termina de regreso a Europa.

Es preciso notar que, a lo largo de toda su aventura, ni las fiebres, ni las epidemias, ni las dificultades logísticas, impiden al expedicionario continuar su periplo. Antes bien, la feracidad de la selva, los peligros, las enfermedades, la desventura de sus fracasos, constituyen una metáfora del triunfo del hombre sobre la adversidad y sobre sí mismo; más bien, lo fortalecen.

Si bien Marr contempla la sociedad americana desde su propia identidad europea, entendiendo este concepto como:

(...) la percepción colectiva de un “nosotros” relativamente homogéneo (el grupo visto desde dentro) por oposición a “los otros” (el grupo de fuera), en función del reconocimiento de caracteres, marcas y rasgos compartidos que funcionan también como signos y emblemas, así como de una memoria colectiva común. (Fossaert, 1983),

paulatinamente comienza a descubrir en el grupo exógeno otros valores que contrastan con los mecanismos de significación que le son propios a la memoria colectiva de la colectividad humana a la que pertenece; por una parte se autopercebe y autodefine respecto de los otros, por oposición a quienes considera diferentes de sí, pero por otra parte, los reconoce en su diferencia:

Casi debiera considerarse como un pecado mortal traer la civilización a estas felices regiones donde el hombre, excepción hecha del tráfico sórdido, del juego, y un poco –solamente un poco- del alcohol, desconoce todas las pasiones espirituales que desgarran el alma del europeo culto. En esta barbarie hay por cierto una mayor felicidad relativa que en nuestro blanqueado refinamiento. Con seguridad mi mendigo no sabe nada del arte, de la poesía, de la política, del odio, del amor... Para él es indiferente si la ciencia obtiene nuevos resultados ni de qué clase son. Ignora las ardientes luchas, por lo que nosotros, los locos civilizados, llamamos los más preciados bienes de la humanidad. Su vida no está sujeta a ningún

engaño, ni siquiera al engaño acerca de sí mismo, enfermedad civilizada que está de moda. (p. 429)

De ningún modo intento decir que haya en el autor un asomo de negación de su identidad colectiva, ni aun de asimilación de las otras identidades americanas. Simplemente pienso que su percepción del “otro” pone en cuestionamiento su propia percepción identitaria:

Pero estaba firmemente resuelto a proseguir hasta el fin mi vida de aventuras, pues deseaba regresar a este país tan pronto como fuera posible. Europa ya no me atraía desde que aprendí cuán fácil es la vida en estas tierras, y aquí podía vivir fácilmente. Nadie me daba nada, pero yo tampoco pedía nada a nadie. Estaba curado de todo capricho. La vida me había hecho más fuerte que todas las teorías, y el enojoso sentimentalismo de que aún adolecen nuestros espíritus fuertes en Europa, había quedado sepultado en el más profundo de los pantanos de la selva. (431)

Otro aspecto notable en *Viaje a Centroamérica* es el humor, que recorre todo el texto. Junto con la ironía y el sarcasmo, el humor es una constante estilística del escritor, tanto para reírse de sí mismo como de los demás. Vale la pena dar algunos ejemplos:

Estando en una posada en Nueva York, se dispone a dormir:

Estaba muy equivocado si creía que podía dormir. Una mordedura pequeña, tímida en mi rodilla, luego una más enérgica en mi cuello, finalmente un morder universal en todo mi cuerpo me enseñó que compartía mi lecho con una multitud de aquellos mansos filántropos que se llaman chinches. Volví a encender la lámpara y me fui a la caza, solo que mi venado se había hecho humo. Me eché en vano de un lado a otro, maldije en varias lenguas, pero las criaturas se volvieron más atrevidas a cada momento. Finalmente pensé: “El más sabio cede, y dejé el lecho a los chinches, el cual no me lo querían dejar –quizá lo consideraron un derecho histórico-, me vestí de nuevo y me acosté en el suelo alfombrado(...). Debajo de mi cabeza puse mi buena conciencia y cubrí la conciencia con el asiento acolchado de una silla, y así dormí lo mejor o peor que pude y me alegré de ser más inteligente que mis pequeños compañeros de cama, a quienes seguramente nunca se les había presentado tanta indulgencia en su vida. (p. 59)

Nuestras cabalgatas diarias hacia la Iglesia del Calvario hicieron creer a la gente que éramos unos cristianos enormemente devotos; sí, la anciana Ignacia (la madre de los Alvarado) hasta empezó a charlar conmigo sobre el buen hombre que tenía el honor de ser mi patrón, por llamarse Guillermo como yo. Doña Ignacia confesó que, de entre todos los santos, San Guillermo le era el más desconocido, seguramente porque el nombre

no es tan frecuente entre los cristianos. No podía permitir que trataran así a mi santo. Como yo mismo, lastimosamente no sabía absolutamente nada sobre sus supuestas hazañas, inventé una historia de caza, le aseguré a la anciana que don Guillermo había sido un noble escocés y, en su juventud, todavía mucho más negligente que San Agustín, pero que se había convertido antes que aquél y se había ido a las Indias del Oriente, donde el emperador de Japón, después de que San Guillermo bautizó a la mitad de todos los japoneses, por envidia y malevolencia lo mandó apedrear. (...) Su tumba todavía se podía ver en Batavia. Por suerte la anciana nunca había estudiado geografía, así que aprobó este enredo tan atrevido de lugares. (p. 207)

A falta de sillas nos habían servido la cena en la banca, donde tuvimos que estar de rodillas para tragarnos la comida, que consistía en dos tazas de un brebaje tísico de chocolate mohoso, dos huevos e igual número de tortillas duras como cuero. Pero nosotros también tuvimos que defender este pobre manjar contra unos perros esqueléticos de la casa, cuyo pelo, como denotó su rascar, estaba habitado por un sinnúmero de pulgas que seguramente eran anuentes a suicidarse por hambre, pues yo no sabía qué podría encontrar el más modesto de estos presentables saltadores en esos chuchos. (p. 229)

En otra ocasión en que oye a su caballo relinchar en la noche, se levanta para enfrentarse con el ladrón:

Con el cuchillo de monte entre los dientes, con deseos de pelear, me deslicé despacio y sin hacer ruido, al patio y vi como mi caballo se estremecía al tirar con fuerza de la cuerda del cabestro. Mi corazón latió audiblemente. Con cautela me acerqué, casi arrastrándome boca abajo en el suelo. Ya estaba a tan solo un paso de mi caballo que relinchaba sin cesar. A la luz de la luna llena, pude ver con mucha claridad que una mano oscura había cogido la cuerda; hasta distinguí los nudillos de los dedos. Levanté el brazo, cerré los ojos y arremetí con tal fuerza que me craqueó el omóplato.

Mi andaluz se irguió en sus patas traseras y saltó hacia un lado. Había cortado la cuerda y la mano.

Con un fuerte -¡Carajo!- salté sobre mis pies, para intimidar aún más a la víctima que flotaba en su propia sangre.

Pero todo quedó en silencio. No se oía el menor lloriqueo o gemido de algún herido, sino solamente el canto de las cigarras en el bosque cercano. (...)

No supe por mucho tiempo cómo explicarme todo eso, pues cuando uno le corta la mano a un hombre, entonces ése acostumbra decir por lo menos “¡Ay!” Pero ni siquiera obtuve esa satisfacción.

Exploré con mucho cuidado el *champ de bataille*, colocando mi cuerpo en la misma posición sangüinaria como antes.

¡Oh! ¡Don Guillermo, qué has hecho! En el suelo había, en vez de una mano separada limpiamente de la muñeca, la protuberancia de un cactus, entre cuyas espinas todavía estaba enredado el cabo cortado de la cuerda.

Volví a colocar el pedazo de vegetal en su planta madre y ¡correcto! Entonces caían sobre el mismo, las hojitas de un pequeño bejuco y formaban, a la luz de la luna, la imagen de una mano morena con todos sus nudillos que parecía sostener la correa del cabestro. Un hombro torcido fue el único trofeo que el ciego afán de mi bravura se llevó al campo de batalla. (p. 233)

Naturalmente, una obra tan detallada y completa como *Viaje a Centroamérica* es un campo fértil para muchas reflexiones. He dejado en el tintero la mención al racismo en el autor, por considerar que esta percepción del Otro, corresponde al momento histórico en que se escribió el texto, en el cual estaban en boga las teorías darwinianas; las concepciones de la supuesta superioridad aria; las tipologías de la especie humana; el determinismo biológico; el evolucionismo, la nefrología y otras teorías que Marr indudablemente conoció, como científico y hombre de su tiempo. Toda obra literaria debería juzgarse según la historia de las mentalidades de la época a la que pertenece, con el objeto de tener una visión más objetiva; el hecho de que no comparta de ninguna manera la percepción racista del autor, no me impide ver los otros méritos que tiene este libro testimonial, que indiscutiblemente aumentará el acervo cultural de quien lo lea y lo disfrute. *Viaje a Centroamérica* es un valioso testimonio de la Nicaragua y la Costa Rica de mediados de siglo XIX que merece ser leído.